



BALLESTER, Xaverio. “Caricatura lingüística: la motivación al poder”.
Culturas Populares. Revista Electrónica 3 (septiembre-diciembre 2006),
23 pp.

<http://www.culturaspopulares.org/textos3/articulos/ballester.pdf>

ISSN: 1886-5623

CARICATURA LINGÜÍSTICA: LA MOTIVACIÓN AL PODER¹

XAVERIO BALLESTER
Universidad de Valencia

Resumen

La caricatura lingüística puede ser definida como una desviación formal en la esperable evolución de una palabra siempre y cuando con dicha desviación la palabra quede etimológicamente [re]motivada. El hecho de que la nueva motivación responda tanto a causas lógicas cuanto a causas totalmente disparatadas, supone un contundente argumento contra la premisa estructuralista de la arbitrariedad del signo. Por ilógica que sea, la motivación resulta siempre más económica para el hablante que la opacidad etimológica. Por obvias razones los nombres propios y especialmente los topónimos constituyen un ámbito léxico donde la caricatura lingüística resulta especialmente frecuente.

Palabras clave: caricatura lingüística, motivación, toponimia.

Abstract

Linguistic caricature can be defined as a formal deviation of the expected evolution of a word when, as a result of said deviation, the word in question is etymologically [re]motivated. The fact that the new motivation is a result of both logical and completely inexplicable causes constitutes a resounding counterargument to the structuralist premise of the arbitrary nature of the sign. However illogical it may be, motivation is always more economic for the speaker than etymological opacity. For obvious reasons, proper names and especially place-names form a lexical field in which linguistic caricature is highly frequent.

Key words: linguistic caricature, motivation, toponymy

Del *imeil* copiado al caricaturizado *emilio*

Ya en otros lugares hemos defendido la relevancia de los tres procesos de copia, calco y caricatura en las evoluciones lingüísticas. Básicamente, pues, las lenguas en sus contactos aloglóticos —es decir, con otras lenguas— o diaglóticos —es decir, con otros dialectos de su propio continuo lingüísticos o con otros estadios de su propio continuo— copian (*imeil*), calcan (*correo e[lectrónico]*) o caricaturizan (*emilio*), y las tres operaciones tienen su componente económico y su componente dispendioso.

¹ Conferencia pronunciada bajo el título “La *Violada Consuegra* y Otras Caricaturas Lingüísticas” el 7 de junio del 2006 en el *Instituto de Estudios Islámicos y del Próximo Oriente* de Zaragoza. El presente texto se ha beneficiado de los comentarios, observaciones y sugerencias realizados en la citada ocasión por los Drs. Federico Corriente, Ángel Escobar y Alberto Montaner. Conste aquí nuestra expresa gratitud a todos ellos y a la institución mencionada por la invitación recibida.

El calco, caracterizado por ser un fenómeno esencialmente semántico, quedó, nos parece, ya suficientemente bien descrito y definido en la tradición lingüística occidental, pero nos hemos apartado de esta en la denominación de *copia*, para incidir en la importancia, naturalidad y frecuencia de este fenómeno, frente al tradicional término de *préstamo* o, en una traducción aún más certera del equivalente empleado en otras lenguas —como alemán *Lehnwort* e inglés *loanword*, ambos significativamente ‘palabra prestada’, es decir, actividad, pues, como restringida al léxico, francés *emprunt*, italiano *prestito*...— *empréstamo*, términos estos que definen muy mal lo que es el proceder de las lenguas cuando simplemente *toman* algo de otras lenguas. Como bien sabrán aquellos que se hayan visto en la necesidad de solicitar un crédito a una entidad bancaria, un *[em]préstamo* significa para el donante la pérdida previsiblemente temporal de una parte de su patrimonio, operación que comporta la lógica restitución, en un plazo determinado y a menudo con intereses, de lo prestado por parte del receptor. Nada de todo esto tiene que ver con la actividad que desarrollan las lenguas al tomar elementos de otras, una vez que, para empezar, no siguen ningún protocolo ni precisan autorización alguna de la lengua donante y además no privan a esta de ningún bien ni, lo que es mejor, están obligadas a devolverle nada ¡Ojalá fueran así los *préstamos* bancarios!

Nos parece, por tanto, que el término *préstamo* enmascara en realidad una actividad elementalísima, libre, facilísima, siempre accesible y disponible. No podemos imaginarnos una verdadera situación de *préstamo* en la que, por ejemplo, como voraces termitas las lenguas actuales estuvieran despojando al inglés de todo su tesoro léxico a base de pedirle y sacarle palabras prestadas. La actividad real de las lenguas se aproxima, pues, en este sentido mucho más a lo que sería una copia que a un empréstito y por ello mismo se trata de una actividad lingüística muchísimo más importante, primaria y substancial para la lengua que lo que deja[ría] entender la tradicional metáfora del préstamo, con lo que, lógicamente, pretendíase acaso justificar con mayor fuerza la injusta marginación de las comunísimas copias en el análisis y ponderación de las relaciones entre las lenguas. Además, a diferencia del préstamo concebido como *Lehnwort* o ‘palabra prestada’ la copia de ninguna manera se limita sólo a lo léxico, sino que incluye también todas las otras esferas de la lengua: lo fonológico, lo morfológico, lo sintáctico o lo semántico.

Que en lo lingüístico es hiperpleonástico lo de popular

Mientras que, por fortuna, la metáfora *copia* y sus correspondientes términos está[n] ya haciéndose usual[es] en algunas otras filologías —así, por ejemplo, tal metáfora es ya usual en el valioso colectivo sobre las lenguas túrcicas editado por Johanson y Csató (1998: 118, 120, 200, 279, 280...)— el término *caricatura* es una propuesta nuestra y destinada, suponemos, como casi todas nuestras propuestas a caer en el arcón del olvido. El concepto recubre al tiempo lo que ha sido a veces llamado *etimología popular*, término y definición que nos parece insuficiente al no dejar definida íntegramente —como *copia* o *calco*— una forma sino sólo un aspecto —el etimológico— de esta y además al no ponerla al mismo nivel que la copia y el calco como otro de los procedimientos para formular correspondencias entre dos estadios o estamentos lingüísticos, sean aloglóticos —lo que es imprescindible en el caso de la copia y el calco— o sean diaglóticos, lo que sucede a menudo y como rasgo singular en la caricatura, todo ello, por supuesto, teniendo siempre en cuenta que el hablante usualmente no sabrá distinguir en muchos casos lo que procede de una lengua ajena de lo que no, por no hablar ya de los porosísimos límites entre los dialectos, ámbito este también frecuente de emergencia de caricaturas (*cf.* ejemplificativamente más abajo las variantes *ante*, *en*, *guantes*, *juan* o *un* para ‘fuente’). En fin, una vez más, los dialectos suelen ser las versiones diatópicas de cambios diacrónicos. O viceversa.

La caricatura vendría a ser, en todo caso, más bien una subclase de lo tradicionalmente denominado *etimología popular*, al menos en el sentido de que, en los casos que puedan verificarse, comporta la distorsión, el apartamiento significativo —*id est*: motivado— de la forma heredada, es decir, de su verdadera etimología. Un gran motivador como San Isidoro propone en sus *Origines* un enorme número de etimologías para voces latinas, pero en la mayoría de los casos las formas corresponden cabalmente a las documentadas en latín clásico; se trata, pues, de meras etimologías pero no precisamente *populares* sino más bien cultas. Sólo en menos casos las formas isidorianas se presentan respecto a las formas documentadas en latín clásico bajo unas variantes que son las que precisamente propician la novedosa propuesta de tal o cual etimología. Propiamente son este tipo de formas distorsionadas —sea como consecuencia de un previo etimologizar culto o *popular*, sea propiciando una nueva causa para etimologizar— a las que cumple denominar *caricaturas*. Ya además para Galmés (1996: 12) la locución de *etimología popular* no era acertada por cuanto «No es normalmente el pueblo quien más interviene en estas reinterpretaciones asociativas; con

frecuencia son las personas cultas, y aun los mismos especialistas del lenguaje, a quienes corresponde mayor participación en ellos». Pero sobre todo nos resistimos a utilizar en Lingüística adjetivos como *popular* y como si enfatizando aspectos marginales de la lengua. Se empieza por ahí y se acaba distinguiendo entre *langue* o *parole*, creando academias y, en la opción peor, fomentando lingüicidios. Si la lengua no es de los hablantes, si la lengua no es del pueblo ¿entonces de quién es? ¿De Don Fernando Lázaro Carreter?

La caricatura es, pues, a veces simplemente como una copia inexacta, defectuosa, imprevista o premeditada pero a menudo tronchante o chocarrera y sobre todo más económica porque motivada. Y como hablantes preferiremos siempre las voces motivadas, por absurda que resulte esa su motivación, ya que las voces motivadas son voces transparentes y las voces transparentes son voces más económicas, son voces más baratas, baratas. No pueda, pues, sorprender que el cruce entre copia y caricatura sea muy común. De hecho, la caricatura puede haber consistido en la forma básica de copiar para muchas culturas y en muchos períodos de la humanidad, ya Alinei (1996: 267): «es totalmente probable que en la antigüedad, cuando no existía la lengua escrita, la etimología popular fuera la norma para los préstamos y no la excepción». Hay que insistir, con todo, en que una diferencia esencial entre copia y caricatura está en la actitud del hablante respecto a la forma por integrar y en ese sentido lo característico de la caricatura es la adición de una motivación, real, relativa o irreal, al elemento que se quiere patrimonializar. Así, la forma *contredanse* o absurdo ‘contradanza’, con la que en la lengua francesa defectuosamente se copió el inglés *countrydance* o banal ‘baile regional’ (Bonfante 1986: 179), resulta empero más fácilmente memorizable *ergo* más económica que una forma donde su primer componente del todo resultara irrelacionable léxicamente. Detalle marginal pero significativo en este tipo de procesos de contaminación lingüística lo constituye además la circunstancia de que mientras el calco es típico proceder de la lengua absorbida, la caricatura es más típica de la lengua absorbente.

En suma, junto al tradicional *calco*, creemos sería de mayor utilidad integrar los respectivos términos y conceptos de *copia* y *caricatura* no sólo por metafóricamente reflejar mejor, nos parece, los fenómenos en cuestión, sino también por resultar más sencillo, práctico y didáctico incluir estas tan básicas tres operaciones de renovación lingüística en una misma metáfora —y metáfora bien *gráfica*, por cierto— que en tres distintas.

Cuando la motivación es razón

Valga desde ahora el alineano (2003: 109) «toda palabra está genéticamente motivada» como nuestro lema y *motto*. Pero motivación no es sólo razón sino también fantasía, creatividad e ilusión, de modo que las motivaciones incluyen causas lógicas y otras ilógicas pero, como anticipábamos, estas siempre más económicas si translúcidas y transparentes que las totalmente opacas o las desvelables sólo para etimólogos, dialectólogos e historiadores de las lenguas.

Naturalmente, cuando la motivación tiene alguna lógica, tiene también menos posibilidades de ser detectada. Razonable parece el que en Venta del Moro (Valencia) las *sandalias*, que ciertamente sirven para *andar*, pasaran, probablemente gracias a la ayuda de un elemental falso corte (*[las s]andalias*), a llamarse *andalias* (Yeves 1978: 302). El término italiano *ciocolatte* ‘chocolate’, copia indirecta de una voz azteca, puede deber su segmento *-latte* ‘leche’ a la real asociación con los lácteos (Alinei 1996: 267). Para igual sabroso producto la motivación vino, en cambio, por el primer segmento en el *chicolate* del chistavino oscense (Mott 1989: 205) y seguramente por alguna asociación con *chico*. En el hablar fronterizo de Cheste (Valencia) para *esparatrapo* (Sánchez 1998: 67) podemos conjeturar esta explicación: la forma castellana aquí esperable *esparadrappo* debió, sin embargo, de ser analizada como una copia del valenciano *esparadrapp* y este a su vez como un compuesto sobre *drapp* ‘trapo’, por lo que experimentó un motivación bastante lógica. También asaz lógico es que en Cheste un *levantal* ‘delantal’ (Sánchez 1998: 89) se relacione con *levantar* y no con *delante*. Asimismo como lógico puede presentarse el empleo en latín de *lingula* ‘cuchara’, como si en relación con *lingua* ‘lengua’, en vez de la etimológica *ligula* (Ernout & Meillet 1979: 360 s. *lingō*); a su vez la propia voz latina *lingua* substituyó a otra más antigua *dingua* (Mario Victorino 6,26 Keil) muy probablemente bajo la influencia de la raíz para *lingō* ‘lamo’ (Ernout & Meillet 1979: 360 s. *lingua*). El término botánico helénico *μεζορπάνα* se convirtió en latín en *maiorana* por influencia de *maior* ‘mayor’ (Ernout & Meillet 1979: 402 s. *mezurana*) y aún acabaría convirtiéndose en nuestro *mejorana* por influencia de *mejor*. El habla de Jalance remotivó el nombre de la sanguijuela restituyéndole su antañona transparente relación con *sangre* (latín *sanguis*) con *sangrisuela* (Poveda & Piera 1997: 214). El *porrat* valenciano, plato básicamente consistente en una asadura de garbanzos, paso en el chestano a *torrat* (Sánchez 1998: 146) seguramente por asociación con *torrar*. Buena lógica tiene también el chestano

trenvía (Sánchez 1989: 148) al suponer que en el fondo el tranvía es una especie de *tren*.

Más complicado aún puede ser detectar el o los elementos caricaturescos cuando la motivación lógica es plural, es decir, cuando se trata de formas analizables por el hablante como compuestos y de modo que todos ellos son susceptibles de recibir una motivación. En efecto, una forma como *Gallocanta* (Zaragoza), por ejemplo, es susceptible de recibir una etimología bien lógica, ya que el *gallo* es un ave y además regularmente *canta* y *canta* y *canta* —circunstancia que de hecho ha permitido que en la lengua xhosa de los zulúes uno se refiera a las dos/ tres/ cuatro de la madrugada diciendo literal y respectivamente ‘el primer/ segundo/ tercer quiquiriquí del gallo’ (Kirsch & Skorge & Magona 2003: 42)— es algo difícil en principio recurrir aquí al criterio de la inverosimilitud semántica —pues no es rara la referencia animal, directa o indirecta, en toponimia (Trapero 1997: 219; Trapero 1999a: 79), recordemos sólo en Extremadura los arroyos del *Ganso*, de la *Hurona*, del *Sapo* y del *Puerco*, que es ahora de la *Luz*, o mismamente *Riolobos*— para detectar aquí una caricatura, como también lo es, en razón precisamente de su básica coherencia semántica, esperar significativas derivaciones o afinidades ya inmotivadas para todo el sintagma, pues motivados siguen siendo los *Cantalgallo* o *Canto del Gallo*, si bien puedan señalarse dichas inmotivaciones individualmente para cada uno de los miembros del sintagma, pues si *Cantera*, *Cantería*, *Cantero* o *Canto* podrían aún referirse a ‘cantar’, ya no lo harían *Acantilado*, *Cantadal* o *Cantil*, ni haríalo *Callao* con la cacareante ave, raíz probablemente céltica esta última y que, como la presumiblemente también raíz céltica **canta-*, refiriéndose a cualidades o características pétreas de un terreno (cf. ‘guijarro – china’ francés *caillou*, portugués *calhau*) debe de estar asimismo en la base de las, por tanto, caricaturas toponímicas tinerfeñas *Las Galletas* y *Los Gallitos*.

Cuando la motivación es imaginación

La caricatura más pura, nos atreveríamos a decir, es, sin embargo, aquella deformación, aquel apartamiento de la evolución fonológica esperable que supone una referencia semánticamente clara y rotunda pero ilógica; un tipo de caricatura, pues, que sacrifica [más] crudamente a los beneficios de la economía mnemotécnica la razón de la semántica. Veamos.

Aunque su compuesta etimología prelatina nada tenga que ver con ninguna musulmana cantarina, si en clave de etimología latina un topónimo como el toledano

Cantamora puede, con todo, presentar una explicación razonable para el hablante —y dando origen inevitablemente a las correspondientes leyendas— ya, en cambio, una forma como *Cantamuda*, donde habría sido esperable, según Galmés (1996: 14), una **Cantamuga* con segundo elemento *muga* ‘límite – mojón’, supone un apartamiento de la evolución esperada y en principio sólo o básicamente justificable por la necesidad de dar una motivación al término, como también probablemente en *Cabeza de la Muda* (Asturias) en vez del *La Muga* que encontramos en varias provincias, y ello por mucho que resulte totalmente contranatural, contradictorio e ilógico que una muda cante. Las mudas, diríase, cantan sólo en los sueños, sólo en las lenguas. También el *croissant* o ‘creciente’ francés acabó pronto entendido como un *curasán* —en probable pero parcial evocación de aquel nuestro proverbial *cura sana, cura sana*— y aún, más tarde pasaría en algunos registros a convertirse en un *purasán* —en probable pero parcial evocación de algún *pura sangre*— sin que evidentemente este sabroso producto de tantas de nuestras merendolas ni tenga especiales propiedades curativas ni nada que ver con actividades hípicas o hematocríticas. Ítem en Rodellar (Huesca) las nutrias han acabado convertidas en unas bastante inexplicables *neutras* (Justes & Vázquez 1985: 613), ahora bien, la suplantación de la esperada /l/ (cf. latín *lutra*) por una /n/ en la general forma hispánica *nutria*, de no deberse a un tabú —inusual en el caso de este mamífero— podría tratarse de una caricatura, apenas más lógica, a partir de *nutrir*.

Así pues, la caricatura por definición está siempre motivada sea de manera lógica (*ciocolatte*) o ilógica (*curasán*), presentando en ambos casos la ventaja de ser mucho más fácil de recordar, en razón de su fundamental transparencia, por el hablante. En el caso de la caricatura, llamémosla, *razonable*, el hablante obtiene la ventaja de una mejor memorización gracias a la lógica relación que establece entre forma y significado. Ahora bien, también en el caso de la caricatura irrazonable y hasta grotesca y absurda el hablante sale ganando, pues lo irracional es mentalmente impactante, y lo mentalmente impactante resulta más fácil de memorizar.

Que la arbitrariedad es eso de la arbitrariedad del signo lingüístico

Nuestro interés por la caricatura —ya no se ocultará más— viene también de nuestra tirria contraestructuralista al constituir aquella, nos parece, un contundente argumento contra la arbitraria teoría de la arbitrariedad del signo, como evidencia sin más la necesidad que experimentan tantos hablantes de motivar el dicho signo a toda costa, a coste todo. Un proceso este que podría definirse como *isidorismo* en honor del santo

hispanico. Se notará además que la necesidad de dar razón y etimología de toda palabra parece fenómeno especialmente frecuente, como en el caso de San Isidoro, en los períodos de grandes mutaciones, de *revoluciones* lingüísticas. El asunto de la caricatura nos parece también lingüísticamente trascendente por su situar en primer plano el capitalísimo papel desempeñado por la memoria —y, por tanto, por la economía— en el hablar, ya que la caricatura parece propender, como venimos repitiendo, fundamentalmente a facilitar la memorización, ya sea relacionando un término insólito o menos común con términos o raíces más banales, ya sea creando una imagen que, aunque pueda resultar absurda, es más fácil de recordar, lo que máximamente sucede cuando provoca una imagen sorprendente en la mente del hablante (*cf.* los citados *Cantamuda, Las Galletas, Gallocanta...*).

La idea de estas operaciones, así pues, parece siempre la de establecer una relación léxicamente más cercana e íntima y donde lo menos conocido sea substituido por lo conocido más. La voluntad de favorecer una relación léxica con una forma más común es, pues, una característica de la mayoría de las caricaturas, voluntad que en Venta del Moro, como en muchos otros lugares, propició, por ejemplo, un cambio de *inyección*, con un segmento *-yección* opaco para el común hablante, por *indición* (Yeves 1978: 306), permitiendo así al hablante una más accesible relación con *decir* o *dicción*. En esencia, pues, la caricatura lingüística responde aquí a las mismas razones que el fenómeno de *aggiornamento* o actualización semántica, suerte de recurrencia histórica por la que cuando una forma deviene opaca en su motivación, pasa como a *traducirse* a la lengua actual. Este proceso puede en principio repetirse cuantas veces sea necesario; como bien ejemplifica Galmés (1996: 23) «cuando decimos, por ejemplo, “río Guadalupe”, estamos nombrando tres veces la palabra *río*, en lengua romance, en árabe (*guad*), y en preindoeuropeo (*lupe*)».

Es aquí donde, otra vez, emerge el importante concepto de la motivación del signo lingüístico, por el que incluso puede producirse el fenómeno de reincidencia, de suerte que la antigua motivación opaca es substituida —actualizada— por otra transparente pero que resulta ser la misma o aproximadamente la misma que la antigua. Así, por ejemplo, la antigua islita balear de *Colubraria*, esto, es ‘culebrera’ porque llena de bichas según San Isidoro (*or.* 14,16,43: *quæ feta est anguibus*) se convertiría con el tiempo en la actual[izada] *Dragonera*. Así también, por ejemplo, la mantis religiosa se convirtió en la *rezaera* en el habla de Jalance (Poveda & Piera 1997: 205) o la *santateresa* de otras hablas.

La tentación vive al lado

Parece obvio que en las caricaturas la mayoría de las motivaciones viene propiciada por una mera afinidad acústica entre dos formas. Ahora bien, no menos cierto es que la tan decisoria fonología puede comportar implicaciones morfológicas, léxicas o semánticas. La forma valenciana *escorrim* ‘reguero – chorrillo’, que no contiene ningún diminutivo, fue copiada en el habla de Cheste como *escorrín* (Sánchez 1998: 66), donde junto a la esperable adaptación fonológica sin duda debió de influir una percepción semántica (‘chorr–illo’) de diminutivo para que el término fuera copiado y caricaturizado como tal. Este tipo de efecto es lo que Trapero (1999a: 354) llama «atracción semántica» y que ilustra con el probable paso de *roza* al canario *roso* (así en *El Rosillo* o *El Roso*) por influencia de *raso*. Se diría, con todo, que la caricatura más pura se da, como veíamos, con la motivación [más] absurda, esto es, cuando la atracción, cuando la tentación viene sólo de la forma, de la pura fonología, de modo que se pasa de un término a otro término por mera similitud fónica no habiendo nada de común ni en la morfología ni en la semántica entre ambas formas. Ahora bien, no cabe olvidar que es la voluntad por parte de los hablantes de hacer transparente una forma la responsable de los caricaturas y no ningún proceso fonológico por más que la parafonía de una forma propicie, como los juegos de palabras en los chistes, una o varias asociaciones.

Naturalmente, cuando la homofonía —y homomorfía— es absoluta (véase *mora* y *moro* más abajo), no hay lugar para la desviación fonológica, de modo que la caricatura es perceptible sólo en eventuales derivaciones o formas afines y las etiologías o consecuente folclore y leyendas (ya Galmés 1990: 12) derivantes de la nueva etimología que le proporcionan los hablantes. Así, la caricatura latente de *morro* ‘cara – labios’ en el actual español coloquial y ya no ‘monte’ o ‘peñasco escarpado’ es más perceptible en otras formas de la misma raíz cuales los topónimos *Morrena* o *Morra*. Metodológicamente, pues, junto a la inverosimilitud referencial, la existencia de un suficiente número de variadas formas afines pero estas ya inmotivadas (*cf.* también un *El Barco* más abajo) pueden ayudar a la detección de caricaturas.

En cambio, el carácter caricaturesco de las formas prelatinas *mora* y *moro* es perceptible casi únicamente en razón de las numerosas etimologías a que ha dado lugar, ya que no hay casos claros de derivados desviados. Con *mora* y *moro* se indica[ba] en español un tipo, mayor y mejor o menor y peor, de prominencia montañosa, pero, dada su homofonía, el término es primariamente entendido como una referencia al

correspondiente etnónimo latino para los antiguos *Mauri*. El topónimo, por tanto, de *Venta del Moro*, por absurdo que resulte, puede ser entendido en primera instancia por el hablante actual como lugar donde ‘[se] vende un musulmán’. Cierta tradición explica los topónimos turolenses de *Mora de Rubielos* y *Rubielos de Mora* como ecoico relicto para la posteridad del amor imposible entre el caballero cristiano Rubielos y una mora. Naturalmente, nunca han existido en el patrio solar caballeros cristianos ni de ninguna otra fe llamados *Rubielos*, y, pardiez, que la tradición ha de ser poco antigua, pues únicamente con la última repartición provincial se sintió la necesidad de recurrir a un especificativo de una localidad cercana para distinguir entre los numerosísimos topónimos homofónicos que se dan en nuestra patria, de modo que sólo en una época muy posterior a nuestro longevo conflicto bélico con la morería a los simples *Mora* y *Rubielos* les adjudicó el administrador los recíprocos correspondientes especificativos. Ahora bien, es muy probable que algunos de los *Moriscos* que aparecen en la toponimia nacional sean derivados ya fonéticamente caricaturizados de aquellos *Moros* (Trapero 1999a: 295). El opaco nombre de *Teruel* con su gentilicio *turolense* se ha relacionado tradicional y popularmente con *toro*, animal que aparece en el escudo de la ciudad y con las aficiones taurinas y festivas de los turolenses, sin embargo, el nombre es muy probable y simplemente un hidrónimo prerromano (Jordán 1996/7).

Cáricatúra... nómbres dé... pérsonas

Como era de esperar, en la caricatura, como en todo fenómeno lingüístico, muy común resulta el empleo de los elementos léxicos más cercanos al hombre, empezando por el mismo hombre y todo lo humano, para motivar aquellos referentes con denominación etimológicamente opaca. He aquí unos ejemplos.

Para ‘ciprés’ en la comarca de Villena (Alicante) además de *aciprés* (cf. también *alciprés*, *alsiprés*) encontramos un *arciprés*, casi, pues, un *arcipreste* (Torreblanca 1976: 227). En el habla de Gistáin (Huesca) o chistavino la *esteva* del arado pasó a ser el *estevan* (Mott 1989: 146) cual un *Esteban* cualquiera, la *embarazada* a *embrazá* (Mott 1989: 195) como si hubiese sido *abrazada* en manera especial, y las *segundas nupcias* pasaron a *segundas nuncias* (Mott 1989: 194) como si por segunda vez *anunciadas*. El grecorromano cultismo *tripode*, del latín *tripode*- y remontando en última instancia al helénico *τρίπους* compuesto sobre *τρι*- ‘tres’ y *πούς* ‘pie’, tiene en español, como será sabido, una variante en la forma *trébedes* y otras afines, donde ya nada reconocible queda de aquel ‘pie’ helénico. En el Pirineo aragonés, a su vez,

encontraremos para el mismo concepto y desde aquel mismo étimo formas como *estrébedes*, *estreuades* y *estreuadas*; ahora bien, la forma propia de Bisaurri y otras localidades *estrespeus* (Haensch 1985: 329), casi, pues, ‘los tres pies’ supone no una motivación sino una remotivación al resultar desde el punto de vista etimológico ¡bingo! totalmente correcta. La clásica *mandrágora* acabó en un *man-drake* o ‘dragón [de] hombre’ en inglés (Bonfante 1986: 179). Los italianos tomates o *pomi dei Mori* o ‘manzanas de moros’ pasaron al francés como *pommes d’amour* y de aquí al alemán *Liebesapfel* e inglés *love-apples* (Bonfante 1986: 179). El habitual término en latín clásico para el cantarín ruisenior, *luscinia*, era quizá demasiado opaco para soportar su indemne conservación en las lenguas románicas, en muchas de las cuales sus hablantes optaron por partir de una forma diminutiva y, por razones aún por inquirir, masculina **lusciniolu-*. Ahora bien, el cambio de /l-/ a /r-/ que encontramos en la forma — probablemente la básica— francesa *rossignol* (cf. catalán *rossinyol*) se debe a una caricatura a partir seguramente de la cromática motivación de ‘rojizo’. Claro que el español, donde la tal motivación quedaba opaca, ha ido en cierto modo mucho más lejos generando un componente ‘señor’ en *ruiseñor*. Pero si el *rossignol* del francés devino casi un caballereite en el *ruiseñor* español, el jalancino lo degradó, sin embargo, a un *ruinseñor* (Poveda & Piera 1997: 209) o le devolvió, a la francesa, la motivación cromática inspirándose en el valenciano para un *rojiñón* (Poveda & Piera 1997: 208). Los términos chestanos de *ovispa* y *ovispón* para la avispa y otro insecto algo mayor (Sánchez 1998: 105) deben de responder a alguna relación, en principio puramente fónica, con *obispo*.

Cáricatúra... nómbres dé... ánimáles

Junto a lo humano, el mundo referencial más próximo para el hablante ha estado pro[to]históricamente constituido por la circunstante naturaleza con la que más interactuaba, fundamentalmente fauna y flora, de modo que no es de extrañar que también animales, árboles, plantas u otros elementos de la natura hayan sido no sólo objeto de caricaturización sino también, como ya ha habido ocasión de ver (cf. los citados *Gallocanta*, *Los Gallitos*, *man-drake*), un componente de la caricaturización para otros muchos referentes, la mayoría de las veces incluso cuando estos no pertenecen a la fauna y flora. Aquí unos ejemplos.

Una metátesis en *aguinaldo* propició un *aguilando* en los hablares de Jarafuel (Martínez 2004: 10) o de Venta del Moro (Yeves 1978: 301) y, por tanto, una más

memorable aunque absurda relación con el común término *águila*. En el habla de Cheste ‘azuzar al perro’ se dice *achuchar* (Sánchez 1998: 18) como si por tratarse de cosa de *chuchos*. En el habla de Jalance la *camomila* se transformó en una *camamirla* (Poveda & Piera 1997: 62), como si compuesto de *cama* y de la hembra del *mirlo*. La variante inglesa *goose–berry* o fruto del ‘ganso’ en vez de *groze–berry* resulta para el hablante, aunque zoológica o botánicamente absurda, más memorable que la variante con un opaco *groze* procedente de un término francés afín a *groseille* ‘grosella’ (Bonfante 1986: 179). En Jalance, tras la forma *hongonaza* para ‘holgazana’ (Poveda & Piera 1997: 140) debe de hallarse esta última forma y alguna relación con *hongo*, y similarmente tras la metatética *humadera* para ‘humareda’ (Poveda & Piera 1997: 141) alguna específica relación con el humo de la *madera*. *Monflorita* se usa para designar un hombre afeminado en la comarca de Villena (Torreblanca 1976: 281) o en Cheste (Sánchez 1998: 99). *Manflorita* aplicase en la también valenciana zona de Jalance al cabrito hermafrodita o al hombre floripón (Poveda & Piera 1997: 157). Encontramos iguales o afines designaciones en otros lugares, así, por ejemplo, *manflorita* y *manfrodita* en Navarra, un *manflorito* para ‘cordero hermafrodita’ en Andalucía, un *manforita* en Rioja y aún unos *manflorita* y *monflorita* en Hispanoamérica (Torreblanca 1976: 281). Naturalmente, el étimo cierto de todas estas formas, el grecolatino *Hermafrodita* (cf. griego *Ἑρμαφρόδιτος*), resultaba demasiado lejano, demasiado opaco, demasiado *arbitrario* para tantas y tantas hablas peninsulares y extrapeninsulares. Es obvio que en todas esas formas pesó, junto a la reinterpretación morfológica del segmento final como un formante diminutivo y una eventual asociación con *mano*, la asociación con *flor*, lo que metafóricamente propiciaba a su vez una motivación para el afeminado considerada lógica por el hablante. El conservador nombre latino de *mustel[l]a* para la comadreja se convirtió en una enológica *mistela* en la comarca de Villena (Torreblanca 1976: 236). Puesto que etimológicamente sería esperable una vocal /e/ en la primera sílaba (cf. latín *renes* ‘riñones’) —es decir, una forma **renera*— para propiciar la voz *ranera* ‘riñones’ en chistavino (Mott 1989: 210) debió de intervenir una interferencia con *rana*. Recuerda Bonfante (1986: 178s) que para el inglés el término técnico latino *asparagus* ‘espárrago’ fue reemplazado en algunos dialectos por *sparrow–grass* ‘hierba de gorrión’, algo totalmente antilógico e inexacto, pues ni el espárrago es una hierba ni suele ser alimento de gorriones.

Los no tan lindos lindes de la caricatura: arrepentidos y preventivos

Naturalmente, en la confección de las caricaturas los hablantes pueden sentir la necesidad de establecer ciertos límites a la creatividad, especialmente en lo tocante a su respetabilidad semántica. Cuando por una u otra causa y voluntaria o involuntariamente la evolución conduce derechita a las puertas de una homofonía de mal gusto o a las de una parafonía que pone en bandeja al hablante una caricatura considerada excesiva o desafortunada, puede darse una reacción por parte de los hablantes para evitar el término esperable o bien, si este ha llegado a producirse, un *arrepentimiento* lingüístico —pues la lengua es también ideología y la ideología, sabido es, suele ser cosa mutabilísima— que elimina lo ahora considerado indigno. Así, el antiguo nombre de los samoyedos en ruso, *samojadī*, documentado al menos ya en el s. XI, evolucionó hasta el moderno *samoédy* haciendo ya inevitable su interpretación en clave etimológica rusa como ‘autófagos – caníbales’, es decir, como si compuesto sobre *sam* ‘mismo’ y *ed-* ‘comer’, de modo que hacia los años treinta se propuso un nuevo término, *samodijcy*, basado en una variante dialectal y que ya no se prestaba a equívocos antropológicamente incorrectos (Manzelli 1993: 545). Seguramente nuestro poco contacto con los *tártaros* ha propiciado también el que en la lengua española no se le haya retirado a tal etnónimo la antietimológica primera /r/ de la forma y debida sin duda a una poco respetuosa asociación con el infernal *Tártaro* de los helenos.

Así pues, hay a veces caricaturas obvias que por motivos ideológicos o eufemísticos son simplemente evitadas, dando lugar a resultados —motivados o no— también imprevisibles, son lo que podríamos llamar *evoluciones preventivas*. La *-i-* de *Lérida* no es etimológica desde tiempos ibéricos (ILTiRTA) o romanos (*Ilerda*), de modo que es razonable sospechar que acaso pudo tratarse de evitar una poco elegante **Lerda*; parecido pudo ser el frenazo evolutivo que encontramos en una *Mérida* (Badajoz) que parecía condenada a convertirse en una **Mierda*, como recordara Vicente Gaos en los versos de su *Mérida*: «Soy indocto en historia de la lengua,/ Pero viendo de Mérida la mengua,/ Trazo esta evolución trágica y cuerda:/ Emérita > Mérida > Mierda». En fin, si en *Utiel* hay que ver la misma etimología latina que en el *Pozuelo* madrileño o en el *Puçol* valenciano, entonces cabe reconocer que un **Putiel* hubiese propiciado una muy peligrosa tentación para el hablante gustoso de caricaturas.

El topónimo depredador o *El Barco* en el corazón de la tierra

Aunque una navezuela orna el heráldico escudo del nobilísimo pueblo de *El Barco*, la circunstancia de que el topónimo se dé en la entrañada Ávila y que el adyacente río Tormes, usualmente inquieto, sea poco propicio a las singladuras, pondría sobre la pista de que se trata de una mera caricatura, algo además fácilmente constatable por la cantidad de idénticos topónimos en tierras de *secano* y por la proliferación de la raíz *barc-* en muchos lugares otros de la Península, cuales *Barcelona*, *Bárcena*, *Barcial*, *Bárcina*, *Barquera* o *Barquerín* (Galmés 1996: 17–9), todo lo cual auspicia la interpretación de que se trata de uno de los diversos términos prerromanos —y probablemente céltico— para referirse a un tipo de valle[cillo] o barranco.

De modo general la cirionimia —*id est*, los nombres propios— resulta muy propicia para ser caricaturizada al habitualmente no ser transparente su motivación. Se entenderá, pues, ahora fácilmente que una subclase cirionímica tan importante como la toponimia constituya una presa facilísima para la caricatura, tal que un ratolín cojo para un gato musculoso y fiero, ya que la toponimia comporta regularmente un alto porcentaje de material etimológico opaco y además suele comprender también la pervivencia de estadios lingüísticos previos, sea de su propio continuo lingüístico sea de otro[s], y a veces de elementos de una y otra procedencia a la vez bien en composición (*cf.* los híbridos árabe–paleoeuropeo *Guadi–ana* o el paleoeuropeo–hispanico *Sar–aguas*) bien en zigzagueante absorción (*cf.* del latín *castrum* ‘campamento – castro’ por el árabe *al–qasr* hasta *Alcázar* o del latín *monasterium* ‘monasterio’ por el árabe *Al–Munastir* hasta *Almonacid*). Ya Galmés (1996: 12) señalaba que «los topónimos, en su evolución [...] pueden hacerse opacos, y es entonces cuando tiene lugar la reinterpretación operada en la conciencia lingüística del hablante, que tiende a reagrupar formas etimológicamente oscuras con raíces conocidas de aspecto semejante [...] aun cuando existan diferencias semánticas muy notables, la semejanza formal será suficiente para una relación que produce un nuevo análisis del topónimo», una tan completa definición ésta que casi nos serviría también para la caricatura misma sólo que con la salvedad de que el proceso, tan bien descrito en sus principales características por Galmés, no sólo es cosa de topónimos y ni siquiera de cirionimos.

Ni qué decir tiene que si una caricatura se ha producido ya en la cenología —*id est*, en las voces comunes, sean nombres, forzosamente verbos o cualquier otra categoría— es muy probable que quede transmitida y plasmada en el mismo término

cuando este es empleado como nombre propio, pues no cabe olvidar que en última instancia los nombres propios no son más que antiguos nombres comunes que, por particular evolución fónica o por caer en desuso, en muchos casos llegan a apartarse totalmente de ese *común* nombrar y subsisten sólo como un nombrar propio y singular. Tal el caso, por ejemplo, del *Puñigré*, cerca de Gallur (Zaragoza), en su día un simple ‘pueyo negrillo’ como evidenciaría la documentación de *podium negret* en un texto de 1132 (Frago 1982: 24 n1), de suerte que el resultante *Puñigré* está expuesto a la posibilidad de una motivación etimológica y consecuentemente a la de una caricatura. Presentamos a continuación un somero mostrario ilustrativo de posibles, probables o seguras caricaturas toponímicas.

Bailando con ovejas y cantando con lobos

Si Carlos Jordán (2001: 421; 2002: 227) tiene razón, una antigua raíz céltica *onn-* con significado hidronímico estaría en la base de las fuentes de *Año* (Ávila) y de la laguna *Uña* (Cuenca).

El comunísimo *Bailadero* de tantos topónimos canarios nada tiene que ver, como tan documentadamente expone Trapero (1999a: 127s), con el baile. La interpretación popular ha creado incluso un *Bailadero de Brujas* suponiendo aquellarres y vuelos escobales. El término recubre sin duda un antiguo *baladero* o lugar, usualmente escarpado, donde los guanches provocaban, mediante la separación de sus crías, los quérulos balidos de las madres del cordero o del cabrito con objeto de que la divinidad respectiva se aplacara y les enviara la lluvia necesaria. Una *Fuente'l Beso* en Asturias no resulta ser más que la caricatura de un *aveseo*, es decir «orientado al norte, por lo que no da el sol la mayor parte del año» (Concepción 2002: 95). La ciudad flamenca de *Brugge* ‘puentes’, quizá trámite el francés *Bruges*, se convirtió en un[as] español[as] *Brujas*.

El pueblo friuliano de *Žabnice* está —o se entendía— relacionado con el esloveno *žaba* ‘rana – sapo’, pero el actual nombre italiano *Camporosso* ‘campo rojo’ ya desde antiguo debe de esconder en *-rosso* una eufémica y quizá más banal motivación de la antigua traducción con *rospo* ‘sapo’ (Skubic 1995: 182). La ya comentada raíz de origen probablemente céltico *canta-* significando algún tipo de entidad pétreo ha dado lugar, al interferirse con la raíz latina para ‘cantar’, un sinfín de caricaturas en algunas hablas románicas. En Francia, en el territorio —*nota bene*— del Aude, tenemos un *Cantalauze*, lo que es interpretado como un ‘canta la alondra’ (*cf.*

francés *alouette* ‘alondra’) por algunos (Delamarre 2003: 36). También cantarines resultarían los lobos a juzgar por topónimos hispánicos tantos cuantos los **Cantalobos** de Zaragoza y Castellón o el **Cantallops** de Gerona y formas similares en Francia y en Italia, términos todos ellos que contendrían una raíz probablemente también céltica, quizá **lou-* ‘fluir’ (y quizá del indoeuropeo **plau-* ‘fluir – verter[se]’) con valor hidronímico, como evidenciarían testimonios cuales *Fuent’el Lobo* (Castellón), *Guadalobón* (Málaga), *Guadalope* (Teruel), *Guadiloba* (Cáceres), **Lobeira** (La Coruña), **Lobera** en varias provincias, *Lop* (Huesca), *Lubián* (Zamora), *Llobéu* (Asturias), *Llovio* (Asturias), *Ruiloba* (Santander) en ejemplos de Galmés (1996: 22s) o el mismo **Riolobos**. Cantarina, naturalmente, ha resultado ser también la patrona de los músicos en un **Cantalucía** (Soria) y que en su segundo elemento debe de contener la forma también céltica *Λουτία* (Villar 2005: 95), ciudad a 300 estadios de Numancia según Apiano (*Ib.* 15,94). La peña en Cocentaina (Valencia) denominada **El Cavall Bernat**, así como otros testimonios peninsulares con igual sintagma, no debe[n] contener en su etimología ningún *caballo* ni ninguno *Bernardo* sino un *carajo*, en la tan usual utilización metafórica de la anatomía —y, como aquí, sin excluir la genital— para la descripción toponímica y una forma participial (*baranat*) sobre una raíz prelatina (Cabanes & Santamaria 2003: 122), de modo que quizá algo así como un ‘carajo barandado’ (*carall baranat*) acabó convertido en un *caballo bernardo* más transparente y sobre todo más eufémico. La localidad de *Consabura* con el tiempo cambió su nombre de época romana y raíz prelatina por el de la actual **Consuegra** (Toledo). **Cuernavaca** representa cómo les sonaba a los españoles el nombre indígena de *Cuauhnahuac* ‘junto a la arboleda’, donde, por lo tanto, no había cuestión alguna ni de ‘cuernos’ ni de ‘vacas’.

Topónimo también *animalesco* muy ilustrativo es el **Despeñaperros** que encontramos en varios lugares de España —mismamente en Paterna (Valencia)— y que muy previsiblemente no pretendía reflejar en su origen más que una explícita advertencia ante posibles desprendimientos de *piedros*; probablemente la misma fonética evolución encontraría en ese *Monte de Perra* que como primera documentación —en 1136— para *perro* aducía Corominas (1991: IV 498).

Nada tendría que ver etimológicamente con el *encono* el topónimo canario **Enconada**, según Trapero (1999a: 209), sino con *ancón*, suerte de recodo en un risco más bien grande.

Lo que hoy denominaríamos una fuente con agua *mineral* fue llamada *ferrada*, es decir, ‘con hierro’ por nuestros ancestros y cuando efectivamente se perdió en la conciencia popular ese significado, la antigua *Fuente Ferrada* (cf. *Ponferrada*, es decir, ‘puente de hierro’) en las cercanías de Teruel se convirtió en una absurda pero motivada *Fuente Cerrada*.

La Gata Llorona y las Muñecas de Polonia

Sea cual sea el origen de los topónimos hispánicos *Gata* —ya del latín *capita* ‘cabezas’ ya de una forma arábiga, en todo caso, también con resultado inesperado— el zoónimo resulta, por más expresivo y sorprendente, más fácil de memorizar *ergo* más económico.

El término latino *fonte*— ‘fuente’ ha producido un altísimo número de variantes en la toponimia, como bien pusiera de manifiesto Nieto (2000), entre las cuales podría haber caricaturas en formas cuales *ante*, *en*, *guantes*, *juan* o *un*. Siendo así tantas las variantes toponímicas que encontramos para el antiguo *fonte*—, no cabe excluir que a esta misma raíz pertenezca el segmento *hien*— en *Hiendelaencina* (Guadalajara), el cual, sin embargo, pudo ser reinterpretado como el *hiende* del verbo *hender*.

Tras la variante toponímica de *Llorona* para *Llerona* (Gerona) debe de haber una asociación con *llorar* una vez perdida su antigua etimología que probablemente remitía a una común raíz ibérica como **iluron*— o algo similar. La voz *lluïsa*, igual al vernáculo nombre valenciano para *Luisa*, que designa en el habla popular de Xert (Castellón) una «extensió de pedra relativamente plana» (Coloma 2000: 149) debe de representar una caricatura de *llosa* ‘losa’ dando lugar en el mismo Xert a un topónimo [*els cocons de*] *Les Lluïses* diferente de un [*barranc de*] *Les Lloses* (Coloma 2000: 149).

Gracias al «revelador registro medieval *Monredón*» (Frago 1982: 24) podemos saber que el actual topónimo *Morretón* remonta a un banal ‘monte redondo’; sin embargo, la terminación en *-ón*, entendida en algún momento como un aumentativo, parece haber contribuido a desencadenar una asimilación de /nr/ en /r/ y, lo que era mucho menos previsible, el ensordecimiento de /d/ en /t/, todo ello para propiciar un término etimológicamente motivado a partir de *morro*. De modo parecido la variante *Montortón* del macizo de *Motrotón* en Yátova (Valencia) y que «tiene una característica forma redonda y resaltada» (Pérez 1974: 36), no es sino una caricatura para lo que etimológicamente era un banal ‘monte redond[ead]o’ (del latín *monte*— y *rotundu*—) y no ninguna grande ‘tortada’ como ha llegado a proponerse (cf. Pérez 1974:

36). Tras el soriano *Muñecas* y otros topónimos iguales o afines en diversos puntos de España no debe hallarse más que la raíz que encontramos en el vascuence *muino* ‘montículo’ (Galmés 1996: 35).

En nuestro distrito marítimo de Valencia, el antiguo barrio de *Lazaret*, donde en su día hubo un lazareto, pasó a denominarse *Nazaret* por elemental asociación cristiana.

Algo habrá influido el término *orange* ‘naranja’ en francés para que un antiguo topónimo *Arausio* haya acabado en *Orange*. Una asociación con *oro* debe a su vez haber motivado que una antigua forma *Orpesa* pasara a una bizarra *Oropesa* en Castellón, es decir, *quasi* ‘[el] oro pesa’.

Ciertamente una relación con *peña* debió de auspiciar el paso de un antiguo derivado del latín *paeninsula* ‘península’ a la actual *Peñíscola* (Castellón), esperemos que el actual mundo turístico referencial de esta bella localidad no acabe convirtiéndola en una **Pepsicola*. El banal de *Polonia* en Buñol (Valencia) debe ciertamente de referirse a una antigua *Apolonia* y no al sufrido país eslávico (Pérez 1974: 38). Un banal y latino *ponte– curuu–* o ‘puente torcido’ acabó dando un opaco *Poncorvo* y este la caricatura alimenticia y casi zoológica del burgalés *Pancorvo* (Galmés 1996: 16s).

Ciertamente alguna asociación con la *real[eza]* hizo que el nombre arábigo *rahal* ‘finca – hacienda’ quedara convertida en el *Real* de Gandía (Valencia). Los canarios [*La*] *Rosa* y derivados o afines (con o sin artículo determinado: *Rosalta*s, *Rosario*, *Rosas*, *Roseras*, *Roseta[s]*, *Rosilla[s]*, *Rosillo*, *Rosita[s]*, *Roso*), nada verosíblemente tienen que ver, todos ellos o al menos su mayoría inmensa, con la bella flor sino, trámite el seseo, con la conocida técnica agrícola de la *roza* (Trapero 1999a: 352–4).

El río *Sec* de Castellón o el *Rioseco* de Valladolid, como tantos otros ríos con igual o afín apelativo —así probablemente *Sec* (Gascuña), *Segre* (Lérida), *Segura* (Murcia) o *Siguena* y *Sigüeña* (Asturias) en ejemplos de Galmés (1996: 22)— deben de remontar a una hidronímica raíz **sik–* presumiblemente ibérica. Una original ‘tierra de [las] foca[s]’ (*cf.* ‘foca’ danés *sæl*, noruego *sel*, sueco *säl*) acabó en el alemán *Seeland* convertida en una banal ‘tierra mar[ítima]’ (Alinei 2000: 428) por asociada motivación con *See* ‘mar’. El nombre de *Siberia* procede verosíblemente del etnónimo de los sabiros (Manzelli 1993: 532), sin embargo, tradicionalmente los rusos han relacionado el término con una raíz túrcica significando ‘dormir’, de modo que explican que *Siberia* significaría algo así como ‘tierra dormida’. Las ‘altas aguas’ de un latín **summas aquas*

acabaron convertidas, en vez del esperable **Somasaguas* o **Sumasaguas*, en un *Somosaguas* que sin duda habría sido muy del gusto de Tales de Mileto.

Después de que la antigua denominación latina de ‘camino ancho’ para *uia lata* dejó de entenderse, esta pasó a convertirse en una *La Violada* en Almudévar, provincia de Huesca (Hernández 1993: 69), con previsibles truculentas historias *ad hoc*.

Aplicando lo dicho: ni qué *Puros* ni qué *Hijamuerta*

Expuestas estas consideraciones, una de las principales consecuencias a extraer de lo dicho, sería, nos parece, la necesidad de mirar con cautela todas aquellas nominaciones que, por alejarse de la tan banal motivación de tantísima toponimia, presenten [además] las [demás] características de la caricatura y sean, por tanto, susceptibles de interpretarse como tales. Lo mismo, aunque su motivación pueda ser más variada, debe aplicarse *mutatis mutandis*, lógicamente, a los restantes cironimos y también a los cenólogos o voces comunes. He aquí unas pocas propuestas poco más que ejemplificativas.

La forma valenciana *bernat* ‘perno – aldaba’ podría ser sólo una caricatura de su sinónimo *pernet* por asociación con *Bernat*, esto es, *Bernardo*.

Al cenónimo *hijuela* con la acepción, según la Real Academia Española de la Lengua, de ‘cada uno de los canales o regueros pequeños que conducen el agua desde una acequia al campo que se ha de regar, y escurren el sobrante a otros canales de evacuación’, corresponde el cironimo *Hijuela* o afines que con referencia a diversos hidrónimos encontramos con alguna profusión en nuestra Península. Dentro de esta serie incluye Jordán (1997: 427 n35) formas cuales *Hijuela Alta* e *Hijuela Baja* en Zaragoza, *Hijuela de la Laguna* en Cádiz, un arroyo *Hijuela* en Sevilla una acequia de *La Hijuela* en Almería, amén de un barranco *La Hijuela* en Huelva y aún una fuente *Hijamuerta* en Logroño. Probablemente razón tiene Jordán (1997: 426s) al relacionar aquellos términos con la abundante serie hidronímica con una base *hij-*, así verosíblemente río *Hijar* (Santander), ramblas de *Hijate* (Almería), río *Ijuez* (Huesca), pozo *La Hijasa* (Toledo) o fuente *La Hijona* (Logroño), lo que invita a plantear al propio Jordán (1997: 449 n113) que aquí no tengamos más que la común raíz paleoeuropea **ais-* (cf. los *Eisrà*, *Esaro*, *Esera*, *Ijser*, *Isar*, *Isel*, *Isen*, *Isère*, *Ismaning*, *Oise*... repartidos por toda Europa) con una palatalización —inusual de las hablas propiamente castellanas pero más común en lenguas, dialectos o hablas periféricas— de /s/ seguramente por influencia de la contacta vocal palatal y que tras el paso de la

postpalatal a la velar ([is > iʃ > ix]) habría dado un segmento fácilmente asimilable al grupo léxico de *hijo* e *hija*. En definitiva, al menos aquellas *Hijuelas* y afines —y acaso también las *hijuelas*— no serían más que la caricatura, probablemente propiciada por un tratamiento dialectal o singular de la /s/, de la forma que como *Isuela* aparece documentada para diversos ríos en Asturias, Huesca o Zaragoza (Jordán 1997: 428).

Procedente probablemente del antiguo latín *exitus* ‘salido’, un antiguo **exitu-* acabó especializándose en muchas hablas peninsulares en término para designar un «campo común de todos los vecinos de un pueblo que no se labraba y que se usaba para reunir los ganados o hacer eras» (Trapero 1999a: 208), pero, una vez perdido en la mayoría de esas hablas el genérico concepto de *exire* ‘salir’, el correspondiente topónimo [*El*] *Ejido*, tal como, por ejemplo, lo encontramos en Almería, ha pasado a ser caricaturizado en, por ejemplo, un *El Lejío* en Peñalén, Guadalajara (García 2003: 378), como si la forma se relacionara con *lejía* (del latín *lixiva*). Así pues, tras una voz buñolera como *legío* con el significado de ‘espacio grande’ (Pérez 1974: 228) es bien posible que esté, con falso corte del artículo, el comunísimo [*el*] *ejido*, y lo mismo sucedería con la homofónica voz andaluza *lejío* ‘gentío’ que recoge también Pérez (1974: 184), formas, pues, todas ellas cuya motivación habría quedado más transparentemente fortalecida al ser puestas en relación con *lejía*.

De modo similar ante topónimos como el de la sierra de *Malacara*, en Buñol, cabe plantear la posibilidad de que el término no aluda al ‘mal aspecto’ del accidente orográfico sino a dos términos (*mala-cara*) referentes a su constitución pétreo (Pérez 1974: 35) o bien sea un derivado de la antigua serie indoeuropea que, sin comprometer su significado, relaciona Villar (2005: 45–71) con el nombre de *Málaga*.

Dada la frecuencia con la cual la antiquísima raíz hidronímica **tur-* está documentada en nuestra Península ya desde época romana (*vide* Villar 1995: 199–244 y 2000: 259) cabría plantearse la posibilidad de que el extraño topónimo de la fuente de los *Puros* en Jarafuel (Martínez 2004: 162) caricaturescamente recubra en realidad aquella antigua raíz.

Si el paso del griego *γλυκόρριζα* ‘regaliz’ al latín *liquiritia* es una «deformación popular [...] bajo la influencia de *liquor*, *liquēre*, a causa de las infusiones que se hacían con la raíz de regaliz» (Ernout & Meillet 1979: 362 *s. liquiritia*), esa motivación bastante lógica fue suplantada en el español *regalicia* o el previsiblemente posterior *regaliz* por una en principio absurda relación con *regalo*.

En el terreno de la toponimia las caricaturas más difíciles de detectar serán, por supuesto, aquellas que resulten más lógicas o menos absurdas por expresar motivaciones muy banales toponímicamente. En tal caso habrá que recurrir a criterios como la incoherencia referencial o la recurrencia de la raíz en otras formas ya sin sentido para detectarlas. Uno de estos casos podría ser el de la canaria **Tejada** en el Hierro, nombre de una zona costera. Sin duda ha de tener, pues, razón Trapero (1999b: 262) al afirmar que resulta inexplicable su etimología a partir de *teja* y al aducir los numerosos topónimos guanches conteniendo la raíz *tej[e]–* (*Teje, Tejecute, Tejegüete, Tejeleita, Tejemita, Tejen, Tejerde...*). Por las mismas razones la vertiente de **El Tejero**, también en el Hierro (Trapero & al. 1997: 200) debe de pertenecer a la misma raíz.

Para concluir: la lección quizá más interesante que nos ofrezca la caricatura, es la de evidenciarnos que las lenguas no son devenir arbitrario sino humanísima motivación.

Referencias

- Alinei Mario, *Origini delle lingue d'Europa. I. La Teoria della Continuità*, Il Mulino, Bologna 1996. *Origini delle lingue d'Europa. II. Continuità dal Mesolitico all'età del Ferro nelle principali aree etnolinguistiche*, Il Mulino, Bologna 2000. «The Role of Motivation (“iconymy”) in Naming: Six Responses to a List of Questions», C. Sanga & Gh. Ortalli edd., *Nature Knowledge. Ethnoscience, Cognition and Utility*, Berghahn Books, Venecia 2003.
- Bonfante Giuliano, *Scritti scelti di Giuliano Bonfante. I Metodologia e indoeuropeo*, R. Gendre cur., Edizioni dell'Orso, Turín 1986.
- Cabanes Vicent & Santamaria Vicent J., «Orònims i Hidrònims de Cocentaina», E. Casanova & L.I.R. Valero curr., *XXIX Col·loqui de la Societat d'Onomàstica*, Denes Editorial, Paiporta 2003, 117–56.
- Coloma Fuster Xavier, «Hidronímia del terme municipal de Xert», J.F. Mateu & E. Casanova curr., *Estudis de Toponímia Valenciana en honor de Vicenç M. Rosselló i Verger*, Denes Editorial, Valencia 2000, 135–55.
- Concepción Suárez Julio, «Costumbres vaqueras en las brañas lenenses», *Etnografía y Folklore Asturiano. Conferencias 1998–2001*, Real Instituto de Estudios Asturianos (CECEL), Oviedo 2002, 75–117.
- Corominas Joan [& Pascual José A. col.], *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, Gredos, Madrid 1991 reimpr. [= 1983] VI voll.
- Delamarre Xavier, *Dictionnaire de la langue galoise. Une approche linguistique du vieux-celtique continental*, Éditions Errance, Paris 2003₂.
- Ernout Alfred & Meillet Antoine, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, Éditions Klincksieck, Paris 1979₄.
- Frago Gracia Juan A., «Toponimia navarroaragonesa del Ebro (IV): Orónimos», *Archivo de Filología Aragonesa* 30–31 (1982) 23–62.
- Galmés de Fuentes Álvaro, *Toponimia de Alicante (la oronimia)*, Universidad de Alicante, Alicante 1990. *Toponimia: Mito e Historia* (Discurso de recepción en la R. Academia de la Historia), Real Academia de la Historia, Madrid 1996.

- García Rojo Iván, «Aproximació a la toponímia menor de Peñalén (Alto Tajo)», E. Casanova & L.I.R. Valero curr., *XXIX Col·loqui de la Societat d'Onomàstica*, Denes Editorial, Paiporta 2003, 367–83.
- Haensch Günther, «El vocabulario aragonés en “El Pirineo Español” de Ramón Violant y Simorra», *Archivo de Filología Aragonesa* 36/7 (1985) 313–45.
- Hernández Prieto M. Ángeles, “Burtina, Bortinae”, *Tabula Imperii Romani. Hoja K–30: Madrid. Caesaraugusta. Clunia*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, s.l. 1993.
- Johanson Lars & Csató Éva Ágnes edd., *The Turkic Languages*, Routledge, Londres–N. York 1998.
- Jordán Cólera Carlos, «El topónimo *Teruel* y sus antecesores, representantes de dos grados vocálicos de la raíz *ter–», *Archivo de Filología Aragonesa* 52/3 (1996/7) 223–34. «La raíz *eis– en la Hidrotoponimia de la Península Ibérica», *Beiträge zur Namenforschung* 32.4 (1997) 417–55. «Del topónimo euskara de Pamplona», *Fontes Linguae Vasconum* 88 (2001) 417–29. «De las *Æstrymnides*, la *Garumna* e hidrotopónimos relacionados», *Emerita* 70.2 (2002) 213–30.
- Justes Rosa & Vázquez Jesús, «Contribución al vocabulario de animales y plantas de Rodellar (Huesca)», *Archivo de Filología Aragonesa* 36/7 (1985) 609–21.
- Kirsch Beverley & Skorge Silvia & Magona Sindiwe, *Clicking with Xhosa. A Xhosa Phrasebook*, David Philip Publishers, Ciudad del Cabo 2003₂.
- Manzelli Gianguido, «Le lingue uraliche (ugrofinniche e samoiede)», Emanuele Banfi cur., *La formazione dell'Europa linguistica. Le lingue d'Europa tra le fine del I e del II millennio*, La Nuova Italia, Florencia 1993, 491–551.
- Martínez García Arsenio, *Diccionario Jarafuelino*, Ayuntamiento de Jarafuel, Elda 2004.
- Mott Brian, *El habla de Gistain*, Excma. Diputación Provincial de Huesca, Huesca 1989.
- Nieto Ballester Emilio, «La toponimia de las fuentes en España: una nota sobre algunos resultados del lat. *fontes*», *Revista de Filología Española* 80 (2000) 395–406.
- Pérez Soler Vicente, *La Hoya de Buñol: La Tierra y el Hombre*, Institución Alfonso el Magnánimo, Valencia 1974.
- Poveda Mora José Vicente & Piera Alberola Salud, “*A tranchas marranchas*”. *El habla tradicional de Jalance*, Ayuntamiento de Jalance – Diputación de Valencia, Valencia 1997.
- Sánchez Sánchez Vicente, *Vocabulario para andar por Cheste*, Ayuntamiento de Cheste, Cheste 1998.
- Skubic Mitja, «Interferenze linguistiche nella toponomastica dei territori plurietnici della regione Friuli–Venezia Giulia», A. Bochnakowa & S. Widłak redd., *Munus Amicitiae. Studia linguistica in honorem Witoldi Mańczak septuagenari*, Uniwersytet Jagielloński, Cracovia 1995, 179–83.
- Torreblanca Espinosa Máximo, *Estudio del habla de Villena y su comarca*, Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante 1976.
- Trapero Trapero Maximiano, «La toponimia como lenguaje de un territorio», *La Toponimia de Gran Canaria I. Codificación, Análisis y Teoría*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria 1997, 165–234. *Diccionario de Toponimia Canaria. Léxico de referencia oronímica*, Gobierno de Canarias – Fundación de Enseñanza Superior a Distancia, Las Palmas de Gran Canaria 1999a. *Pervivencia de la Lengua Guanche en el Habla Común de El Hierro*, Viceconsejería de Cultura y Deportes, s.l. 1999b.

- Trapero Trapero Maximiano dir. & Domínguez Llera Manuel & Santana Martel Eladio & Díaz Alayón Carmen, *Toponimia de la Isla de El Hierro. Corpus Toponymicum*, Universidad de las Palmas de Gran Canaria – Cabildo Insular de El Hierro, El Hierro 1997.
- Villar Francisco, *Estudios de celtibérico y de toponimia prerromana*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca 1995. *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca 2000. [& Prósper Blanca M^a], *Vascos, celtas e indoeuropeos. Genes y lenguas*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca 2005.
- Yeves Descalzo Feliciano Antonio, *Geografía Física, Económica y Humana y Apuntes para una Breve Historia del Municipio y Leal Villa de Venta del Moro*, Ayuntamiento de Venta de Moro, Utiel 1978.